

Un tango de siete velos



- *Ustedes los jóvenes ¡no saben nada de nada! Y de mujeres ¡saben menos todavía!, o saben tan poco, que... que me dan ganas de llorar* - nos dijo el turco Jorge desde su cama, enyesado a todo lo largo de su pierna derecha y autoproclamándose, conocedor experto de los misterios femeninos. La cosa no pasó a mayores, porque respetábamos sus decenas de almanaques y sus blancas canas.

En la habitación del hospital, tres hombres contemplábamos en un televisor, a una exótica bailarina oriental, danzando con movimientos suaves y ondulados de su vientre, con eróticas batidas de su cadera y pubis, formando círculos, rectas y símbolos del infinito, cimbreando electrizada con su cintura generosa y subyugante de odalisca. El torso se le movía dibujando la figura de un camello dócil; los hombros, se le sacudían como un mar embravecido, entre olas agitadas; los brazos y las manos, recreaban las imágenes de pájaros veloces o de serpientes fugaces; el cuello, se le movía incontenible de un lado para el otro, mientras que sus piernas etéreas, se mantenían flexionadas, girando ingrávida entre las fantasías de una belleza extraña...

- *¡Pero nosotros tenemos el tango, che turco...!* - le respondió mi compañero de accidente de tránsito, oculto uno de sus brazos y su cabeza, por un yeso blanco y pesado, que no lograba doblegar su humor.

- *¡Por favor, muchachos! ¡Que tango ni milonga! Nada se puede comparar con la milenaria danza de los velos...* - nos contestó el viejo turco, encaramado a sus años venerables y colocando ambas manos en la nuca, como reafirmando sus ideas - *¡El velo, el velo...! el velo nos oculta de los otros y hasta de nosotros mismos. Al sacarnos cada velo, revelamos nuestra esencia y nos unimos con aquello que amamos... Los velos son las caretas, muchachos.*

Las ropas de la bailarina y sus velos parecían una segunda piel, protegiéndola o tapándola, aunque dejando insinuar las bellezas de su cuerpo desde sus sugestivas transparencias. Era un baile diferente a todos los que conocíamos, donde la danzarina interactuaba, jugaba y lo comunicaba todo, con una vibración más allá de su cuerpo y de su mente. De su traje le colgaban siete velos, como manos delicadas de mujer, que se alzaban desde el suelo, coloreados en los siete colores de un bellissimo arco iris.

A medida que ella bailaba, se iba desprendiendo de cada uno de los velos. Absortos como estábamos, nos sorprendió otra vez la voz del turco - *Esta danza muestra las siete resistencias que todo hombre deberá vencer, para poder llegar hasta la esencia profunda de la mujer que anhele. El que las conozca, sabrá como acercarse a una mujer. El que no, seguirá siendo uno más de esa enorme legión de analfabetos amatorios...*

Nos quedamos en silencio, animándolo a que hablase y dejando que nos mostrara aquello que en nuestra ignorancia invencible, según él, jamás hubiésemos aprendido a valorar, si el no nos lo decía:

- *Al caer el primer velo, el del color violeta, el calmo y digno violeta, quedará ella desprovista de la protección que le brindaba su familia y las enseñanzas que recibió desde muy pequeña. Y quitará ese primer velo, moviendo su cuello y la garganta, pues así demuestra que ahora es una mujer madura y que no teme, hacerse de un lugar dentro del grupo* - nos decía el turco Jorge, con la cara sonriente y mientras la enfermera en silencio, le retiraba el orinal.

- *Miren ahora, cuando arroja desde sí, al segundo velo, el de colores añil como su intuición. Lo hará moviendo en grandes círculos su cabeza y soltando al aire, todos sus cabellos, pues así demostrará que ha perdido el miedo de ser marcada por el grupo, como la mujer de ese hombre que eligió* - nos hablaba el turco, mirando el alto y descascarado techo, mientras la enfermera lo higienizaba con agua tibia y con jabón.

- *Cuando suelta el tercer velo, el del color azul de la confianza, bailará meneando el pecho, la espalda y los brazos, desbloqueando su corazón y demostrando que se ha quitado el miedo a la infidelidad del hombre y que su capacidad de amar, de dar y recibir, ya está dispuesta* - nos agregó el verborrágico turco, levantando su cabeza para observar mejor en la pantalla del televisor, colgado en la pared. La enfermera seguía trabajando en silencio, aunque mirando de tanto en tanto a la grácil odalisca.

- *Estará lista para dejarse quitar sus ropas íntimas por el hombre, cuando vean que cae al suelo su cuarto velo, el del color verde del deseo, del equilibrio y la esperanza. Ella danzará liberando la energía de su plexo solar, donde las emociones y los miedos se acumulan, permitiendo que de a poco, poco a poco, crezca el placer adentro de ella* - nos hablaba satisfecho, seguro de haber captado para siempre la atención de nuestras mentes, mientras la enfermera lo secaba con la toalla, apoyándosela con suavidad y cuidado, en cada punto de su cuerpo.

- *Esta parte es muy hermosa...* - nos dijo, señalándonos emocionado la pantalla - *y es cuando ella se desprende del quinto velo, el velo del color amarillo como el sol, el del color del placer y la alegría. Fíjense como aletean sensualmente sus escápulas, liberadas, expresando ahora su voluntad de dejarse acceder físicamente, de insinuarse ante las manos de su hombre, permitiéndole que avance sobre ella y la acaricie.*

Entre la enfermera Tatiana y nosotros tres, compartíamos un estado de tensión relajada, con los ojos fijos en el televisor y anhelando que el ilustrado turco, no dejara de hablarnos y explicarnos todo lo que sabía sobre la interesante danza.

- *Miren esta parte...* *Los velos que aun le falta quitarse, son aquellos que más nos acercan a su intimidad. Es que la mujer, siempre ama con la totalidad de su cuerpo, a diferencia del hombre...* *Por eso es que cuando ella se libera del sexto velo, el del color naranja, el del color de la aurora y el regocijo, baila con su cadera, desbloqueando su energía abdominal, púbica y sacra, donde posee su máxima energía sexual y su mayor deseo de vivir. Ella le muestra a su hombre, que ahora puede ser tocada, acariciada hasta en sus partes más íntimas, aunque no penetrada...* *no, todavía* - nos decía el turco Jorge, inmerso en el silencio respetuoso de la habitación hospitalaria, en esa placentera y cautivante

atmósfera que se había formado, contemplando a uno de los misterios mas atrayentes de la creación: *¡la mujer!*

La encantadora bailarina, iba quedando desprovista de sus protecciones más íntimas, de sus miedos más profundos, mientras dejaba expuestos, su propio cuerpo y su propia alma, desde su misma esencia. Era un acto de valentía suprema de mujer y de innegable entrega. Aprendíamos con el turco Jorge a contemplarla, a mirarla, a verla... a conocer ese misterio llamado mujer, incorporándonos a él.

La oleada sonora de una envolvente música árabe, despertaba del letargo a la materia inmóvil. Y la bella bailarina hacia danzar a la materia inerte, en una furiosa emanación de su energía muy profunda. Desprendida de las cosas que le daban una identidad, que le daban esa sensación de estar absolutamente viva, la mujer avanzaba bailando, hacia el momento de desprenderse de su último velo. El velo de la verdad.

- Soltar el séptimo velo, es el velo para ella más difícil. Es el velo del color rojo, el de la pasión y del riesgo, el de la sangre, de la vida y de la muerte. Ella baila y baila descalza, con sus pies desnudos, pues necesita absorber toda la energía de la madre Tierra. Necesita que su yo le grite que si, cuando decida despojarse para siempre de su virginidad y entregársela a su hombre - concluyó el turco Jorge, algo fatigado, pero satisfecho de habernos mostrado su sapiencia, mientras la odalisca dejaba por fin caer su ultimo velo y una sensación extraña nos invadía a todos, en una mezcla rara de triunfo y de fracaso, de terminar y de empezar, de libertad y de cadenas. En el velo rojo descansando sobre el suelo, contemplábamos con la imaginación, la belleza violenta de un himen desflorado...

Y sin embargo, luego que lo hizo, ella regresó triunfal al centro de la escena, trayendo consigo la promesa de una nueva vida en una larga primavera, saltando sobre el mismo abismo de los tiempos, transformada y renovada al infinito.

Tatiana era una bella mujer y una eficiente enfermera. Cuidaba especialmente del anciano Jorge. Yo la conocía de mis guardias en el hospital, donde también había conocido a sus dos pequeñas hijas y a su pareja, otro enfermero. Me habían comentado que su situación económica, no era demasiado buena...

Los tres enyesados nos fuimos de alta del nosocomio, casi al mismo tiempo. Al regresar al trabajo en mi hospital como médico, luego de reponerme del accidente de tránsito, me enteré que Tatiana y el turco Jorge, se casaron por civil y vivieron unos pocos meses juntos, hasta que el falleció. El chalet que era propiedad de él y unas cuantas cosas más, quedaron para ella. Y ella, ahora habita en esa casa, junto a sus dos hijas y a su pareja de siempre, el enfermero.

No sé, pero a veces me pongo a pensar en el turquito Jorge... ¡Pobre viejo! Creo que no le hubiese venido nada mal, saber un poco más de tango...

Fin